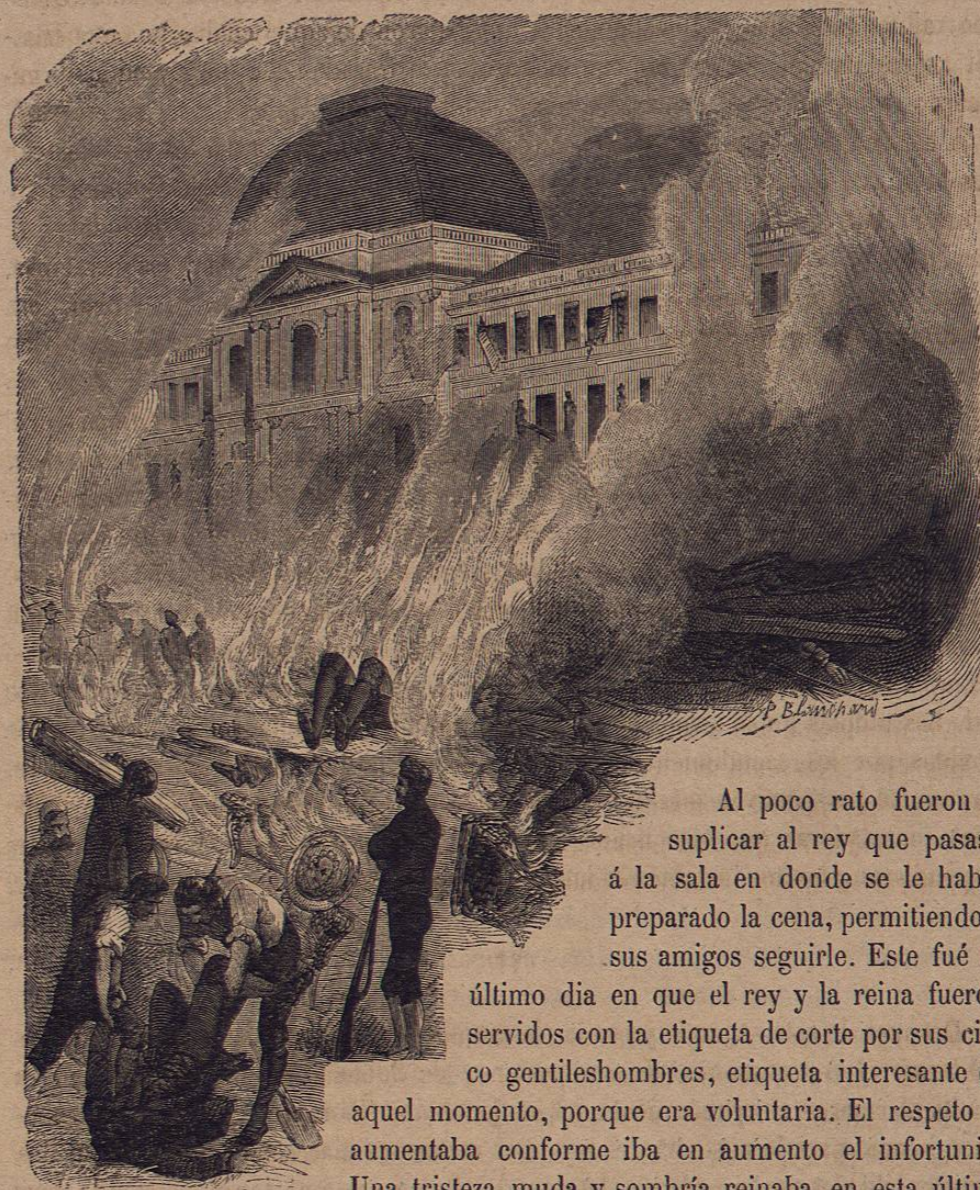


Otras diputaciones de éste fueron en seguida á pedir la creacion de una comision militar para vengar la sangre del pueblo. La Asamblea eludia la respuesta. «Si no me dais el decreto, —dijo friamente el orador del ayuntamiento, — mi encargo es no moverme de aquí hasta que se me dé.» Robespierre, en nombre de la seccion de la plaza Vendome, compareció en la barra. «Pueblo, —dijo, aludiendo á las estatuas del rey que echaban abajo en las plazas públicas, —cuando la tiranía está por tierra, guardaos de darle tiempo de levantarse. Hemos visto caer la estatua de un déspota, y nuestra primera idea ha sido elevar en su lugar un monumento á la libertad. Los ciudadanos que mueren defendiendo la patria en el extranjero están en segunda fila; en primera se hallan los que mueren por liberarla en el interior.»

En fin, el prusiano Anacarsis Clootz, filósofo errante encargado de difundir su doctrina por todas partes por medio de la palabra, y entusiasmado hasta arriesgar para conseguirlo su fortuna y su sangre, hizo oír á nombre del género humano en la Asamblea nacional el primer eco producido por el 10 de Agosto en el alma de los pueblos impacientes por su esclavitud. Clootz llevaba su pasion por la humanidad hasta el delirio; pero este delirio era el de la esperanza de la regeneracion universal. Los escépticos le encontraban ridículo, los patriotas vulgar, y los políticos le llamaban utopista. Sin embargo, Clootz no se engañaba sino en la oportunidad. Las utopias no son muchas veces sino verdades prematuras: las almas, conmovidas por los sacudimientos del momento y fanatizadas por la esperanza, se abren á las perspectivas más ideales. El filósofo fué escuchado con placer, y las ideas consoladoras que hizo brillar como un iris sobre este horizonte de sangre suspendieron algunos instantes la lucha de los partidos y el hacha de los asesinos.

VI

Despues de esta segunda jornada, la familia real fué conducida de nuevo á los Fuldenses. Los testimonios de compasion y de fidelidad de las personas de su escolta alarmaron al ayuntamiento y á los jacobinos. Santerre relevó aquella guardia y escogió para la custodia del rey unos corazones inaccesibles á la indulgencia é irreconciliables con un *tirano* destronado. La aspereza en los modales y el rigor de las consignas pusieron de manifiesto al rey el cruel cambio que se habia operado en su suerte. El girondino Grangeneuve, miembro de la comision de vigilancia, cuya oficina estaba en el mismo claustro de las habitaciones del rey, se alarmó tambien en vista del respeto y de la compasion que manifestaba por la familia real el corto número de amigos de que estaba rodeada. Creyó que se habia fraguado un proyecto de evasion, y dió parte de esta sospecha á sus colegas. La más sombría de las tiranías es la más reciente. La comision participó ó fingió participar del miedo de Grangeneuve, y ordenó la separacion de todas las personas extrañas á la servidumbre inmediata de la real familia. Esta orden consternó á los generosos cortesanos de su cautiverio. El rey entónces hizo llamar á los diputados inspectores del salon, y les dijo con amargura: «¿Con que estoy preso, señores? Carlos I fué más dichoso que yo, porque á lo ménos le dejaron en compañía de sus amigos hasta que fué conducido al cadalso». Los inspectores bajaron la cabeza, respondiendo su silencio por ellos.



Las hogueras en el Carrousel.
Pag. 12.

Al poco rato fueron á suplicar al rey que pasase á la sala en donde se le habia preparado la cena, permitiendo á sus amigos seguirle. Este fué el último dia en que el rey y la reina fueron servidos con la etiqueta de corte por sus cinco gentileshombres, etiqueta interesante en aquel momento, porque era voluntaria. El respeto se aumentaba conforme iba en aumento el infortunio. Una tristeza muda y sombría reinaba en esta última cena, conociendo tanto los amos como los servidores fieles que iban á separarse para siempre. El rey no comió, y retardaba con intencion la hora de levantarse de la mesa, con el fin de prolongar los instantes en que le era permitido aún ver caras amigas. Esta larga despedida cansó la paciencia de los oficiales de guardia, y fué necesario interrumpir aquella larga conversacion. El rey sabía que los cinco gentileshombres estaban expuestos á que se les pusiese presos al pié de la escalera, aumentando la inquietud que sufría por la suerte de aquellos leales vasallos el horror que tenia por la suya. En fin, bañado en lágrimas y mirándolos por última vez, trató de hablarles, pero la emocion que experimentaba le impidió hacerlo. «Separémonos, —les dijo la reina; — desde este instante es cuando sentimos toda la amargura de nuestra situacion. Hasta ahora la habeis mitigado con vuestro respeto y endulzado con vuestras atenciones. Dios os pague un reconocimiento que...» Y sus lágrimas ahogaron su voz. Entónces hizo que abrazasen á sus hijos hasta los últimos servidores

de su familia. La inflexible guardia entró en aquellos momentos tan tiernos, é hizo salir al instante á los gentileshombres, que bajaron de aquel cuarto por una escalera secreta y salieron del edificio uno á uno, disfrazados con unos vestidos prestados para evitar el ser conocidos por la multitud.

Mr. de Rohan-Chabot, ayudante de campo de Lafayette, pasó los dos dias con sus noches á la puerta del rey vestido de simple guardia nacional. Reconocido y preso al salir de los Fuldenses, fué puesto en la cárcel de la Abadía, que no se abrió sino á los asesinos de Setiembre. La reina, madama Isabel y los príncipes, careciendo de todo desde el saqueo de las Tullerías, recibieron de la embajadora de Inglaterra la ropa blanca y los trajes necesarios á la decencia de su posicion social. La familia real pasó aún dia y medio en la tribuna del logógrafo, pareciendo que el pueblo, como un vencedor cruel, queria gozarse por mucho tiempo en el suplicio y en la ignominia del trono. Solos y sin amigos durante estos últimos dias, su dolor y su vergüenza pasaron sin testigos y sin consuelos. Sus corazones, fatigados de tantos ultrajes, no pudieron descansar en un poco de piedad. Al mirarse mutuamente, sus ojos no veían sino las mismas lágrimas y los mismos terrores.

A las tres de la tarde del lunes fueron Petion y Manuel con dos coches para conducirlos al Temple. El ayuntamiento, que podia llevar los presos de noche, quiso que el tránsito desde las Tullerías á la prision se hiciese en medio del dia, á paso lento y por los barrios más concurridos, para que la degradacion del trono tuviese la apariencia y la publicidad de una exposicion á la vergüenza ántes del suplicio. Petion y Manuel iban en el coche del rey. Una multitud innumerable formaba calle desde la puerta de los Fuldenses á la del Temple. Las miradas, las acciones, las injurias, las risas burlonas y los más repugnantes ultrajes se renovaron en todo el tránsito sin interrupcion. La debilidad de las mujeres y la inocencia de los niños enternecian en vano á algunas almas compasivas que les miraban furtivamente, pero que tenían que ocultar su enternecimiento por no pasar por traidores á la nacion. Petion tenía la costumbre de presidir estas marchas triunfales de la proscripcion. El fué quien habia conducido al rey desde Varennes atravesando por medio de la capital irritada, él fué el que habia visto al rey con el gorro encarnado en la invasion de palacio el 20 de Junio, y el que habia felicitado al pueblo al despedirlo, y él fué finalmente el que le condujo á la triste mansion desde donde debia salir al cadalso. Este hombre cruel no le evitó ninguna amargura en el camino, ni hizo nada para dulcificarle su caída, complaciéndose por el contrario en pasearle por medio de su humillacion para hacérsela saborear. Al pasar por la plaza Vendome le hizo reparar en la estatua derribada de Luis XIV, pisada por aquel mismo pueblo en donde por tanto tiempo habia reinado. El pueblo no queria ya rey ni nada que se lo recordase: todos los símbolos del trono estaban borrados ó mutilados en el camino que llevaban los coches; la mano del pueblo hacia desaparecer así anticipadamente una institucion que la Asamblea no habia destruido aún. El 10 de Agosto fué un decreto ambiguo de la victoria, que el ayuntamiento de Paris se apresuró á interpretar con la prision del rey. La vuelta de éste al trono era imposible; el ayuntamiento quiso demostrarlo. Luis XVI lo conoció, y cuando, despues de dos horas de marcha, los coches rodaron bajo las bóvedas del patio del Temple, habia ya abdicado el trono en su corazón y aceptado el patíbulo.

LIBRO VEINTICUATRO.

Los girondinos se ven en la precision de abdicar.—Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento á la nacion.—Couthon.—Westermann emisario de Danton en el ejército.—Dumouriez reemplaza á Lafayette en el mando del ejército.—Gana la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de Paris se arroga el poder ejecutivo.—Creacion de un tribunal criminal.—Marat prosigue en su idea de exterminio.—Danton la lleva á cabo.

I

Mientras que la familia real, llegada al término de tantas agitaciones, se guarecia detras de las paredes del Temple y se establecia en su último asilo, la Asamblea, por conducto de Guadet, preparaba las reglas por las cuales debia nombrarse una Convencion, llamando á la soberanía directa y unánime al pueblo. Las asambleas primarias debian componerse de todos los franceses que tuviesen veintiun años y fuesen de condicion libre. Estas debian reunirse el 26 de Agosto, y dar á sus representantes unos poderes soberanos independientes de toda constitucion preexistente. La Convencion se reuniria el 20 de Setiembre. La Asamblea nacional y el poder ejecutivo nombrado el dia anterior no se reservaban sino el interregno del 12 de Agosto al 20 de Setiembre.

De esta suerte, el triunfo de los girondinos produjo inmediatamente su abdicacion. La Asamblea, que dominaban, se vió débil ante un acontecimiento que no tuvo valor de completar ni virtud para impedir. Se retiró, restituyendo al pueblo los poderes que de él habia recibido. El movimiento abortó en sus manos, y habiéndole cabido el gobierno en suerte, dejó á Francia á merced de la casualidad. Infiel á la Constitucion, rehusando dar su apoyo al trono, tímida ante la república, no tuvo ni plan, ni política, ni audacia, dando á todos los partidos el derecho de despreciarla. La historia la juzgará con más severidad que á ninguna de las asambleas que personificaron la revolucion. Colocada entre la Asamblea constituyente y la Convencion nacional, palideció ante aquellos dos grandes focos, á saber: el de las luces de la filosofía, y el de la voluntad revolucionaria de la nacion. Nada cambió, nada fundó, y sólo ayudó á derribar todo. Recibió de sus predecesores una Constitucion que mantener, un trono que reformar y un país que defender, y al retirarse, dejó á Francia sin Constitucion, sin rey y sin ejército, desapareciendo en un motin. Las únicas señales de su existencia fueron multitud de ruinas. ¿Deberá acusarse de esto á las dificultades de la época? Pero ¿fué ésta más fácil ni los acontecimientos ménos espinosos para la Asamblea constituyente en el juramento del Juego de Pelota, en el 14 de Julio, en las jornadas de Octubre y en la fuga del rey?